

LIBROS EN LOS OJOS.

CON PIES DE JÚBILO.

Octaviano Valdés, *El Padre Tembleque*, Jus, México (3) 2005, 208 pp.

Nota.- Este texto lo escribí a petición de Tomás Reynoso y Rafael, entonces miembros del Consejo de la editorial Jus, después de haber conversado acerca de la importancia de reeditar este libro donde Don Octaviano Valdés había dejado en prosa exquisita, noticias acerca de Fray Francisco de Tembleque, franciscano de los primeros tiempos de la evangelización y su obra magna: el acueducto de Otumba a Cempoala, en el actual Estado de México, conocido como “los arcos de Tembleque”, obra singular no sólo de arquitectura hidráulica sino de caridad cristiana. Yo había leído “El Padre Tembleque” en su segunda edición y lo releí varias veces gozando en cada una de la melodiosa voz de aquellos tiempos y de la interpretación del Padre Valdés. Los renglones que siguen son el prólogo a la tercera edición del citado libro, del que se imprimieron mil ejemplares.

manuel olimón nolasco

historiador

Conocí al Padre Octaviano Valdés cuando era él ya más que octogenario. Sus ojos pequeños dejaban traslucir un fuego interior que había logrado, con el toque del tiempo, mantenerse en equilibrio. Pocas veces pude hablar con él, y cuando lo hice, el tema recurrente era el Padre Tembleque: el libro y la persona; la construcción del acueducto, la construcción literaria y la construcción de la vida. Sus ojos, entonces, avivaban en fuego, permitían ver que aquella figura antigua, tan parecida ahora a la suya en su pequeñez anciana, había ayudado a labrar los arcos de su espíritu con solidez y con ilusión que no se extinguía.

El Padre Tembleque puede ser considerada por algunos, en rápido y superficial acercamiento, una “novela histórica.” Puede ser calificada por otros, con mayor erudición, “variaciones literarias alrededor de un tema histórico” o quizá, con mayor dosis de cercanía podemos decir que se trata de bocetos recios de retratos interiores enmarcados en el tiempo fuerte de la evangelización primera en la tierra inhóspita de las cercanías de la Ciudad de México. Retratos interiores que como personajes de intenso peso humano, bien podrían, reducidos a su esencia, pertenecer a otros tiempos y a otras

El Padre Tembleque es un texto que merece ser leído y no clasificado; oído y visto con el espíritu con el que fue escrito, como orientación y fruto de la huella del amor que para más seña lleva la carga ligera del adjetivo *cristiano*.

La tierra, el cielo, el horizonte abierto, la luz de las mañanas y la tibieza o la frialdad del clima son el escenario de este desarrollo de pasiones humanas y de vislumbre del amor divino. Las descripciones de Don Octaviano son certeras y deslumbrantes: “aquella mañana era una piedra preciosa pulida por las primeras lluvias de la víspera; aquellos árboles que disparaban pájaros como flechas de alegría y el aire traslúcido y tan sensible, que casi se percibía la mínima quejumbre del grano que lanza el tallo diminuto fuera del surco”; “es moza la luz de la luna resbalándose por la cantería recién labrada.” “El sol encima del horizonte; mañana clarísima; cincelados los perfiles de los montes. Cada molécula del aire, puro y fino como plata sutil, repica de alegría...”

La protagonista señera (punto focal de las expresiones de bondad y de maldad y de la hazaña constructiva que es la (trama central de la narración), es el agua, “la hermana agua” (cita Valdés de memoria a Amado Nervo) que es muy útil, preciosa y casta.” Elemento fundador y primero del universo, fuente de vida desde el arranque mismo de los pasos humanos sobre la tierra, su presencia es portadora de alegría ante la sed que se sacia o las mieses que al crecer cantan con el viento.

Es el esfuerzo y la lucha de fray Francisco de Tembleque por construir un acueducto entre Otumba y Zempoala el que preside las páginas que tenemos delante. Esfuerzos y luchas en el seno de su corazón pusilánime, esfuerzos y luchas en el interior de la orden franciscana, esfuerzos y luchas dentro de ese gran teatro del mundo donde parece que la caridad verdadera tiene que entrar a hurtadillas, como si vergonzosa fuera a los recintos donde los “grandes” tallan estatuas a su egoísmo.

Es, por tanto, en el fondo, la carga de la caridad que pesa siempre sobre los hombros de fray Francisco, la que protagoniza el avance lento de una obra gigantesca y la que deja percibir la huella de dos surcos profundos que son el alma de la narración y la impronta del espíritu que dejó en el papel los ecos de su propia emoción vital. El padre Valdés describe el paso definido del evangelio y del sacerdocio católico al describir los momentos de perplejidad, angustia, gozo y dolor del padre Tembleque. La sombra antievangélica del fraile Bruno, formada a partir de “la gota de un agua tétrica” y forjadora con la dureza del tiempo de su “alma parálitica” hace que destaque más la luz de la franciscana percepción y puesta en marcha de la dulzura fuerte (pues nunca melosa) de la bíblica palabra de Jesús en el Sermón del Monte: “Bienaventurados los

que eligen ser pobres, pues su rey es Dios.” (Mt 5,3). Hace que también se delinee la peculiar y misteriosa caridad pastoral, definición lineal de la paternidad del sacerdote: cuando los ojos de Tembleque se encendieron delante del abuso y la injusticia y sus manos y palabras defendieron a los débiles, saltó como agua limpia la conciencia de su paternidad, de su ser definido a partir de los demás: “La tenue sonrisa ha crecido rápidamente; ya se ha desplegado con anchura paternal...¡Padre! ¡Padrecito!...¡Hijitos míos!...Paladeo de paternidad. Desde esta frase, a dulcedumbre le sabía la lengua náhuatl.”

Tiene el lector, pasada ya la puerta de ingreso al siglo XXI y al tercer milenio cristiano, esta joya de la escritura mexicana del siglo XX. Su primera edición imprimió ochocientos cincuenta ejemplares en 1945 y su segunda, acompañada de estudios del arquitecto Ricardo Robina y de monseñor Ángel María Garibay, tres mil en 1961. Ambas en esta editorial Jus. Esta tercera aparición será, como escribí en 1991 a propósito de la muerte de don Octaviano, “noticia de rumor leve.” Por ello mismo va a ir surcando los caminos que llegan a lo profundo, no los que dejan impactos estridentes y superficiales. Sea homenaje a Jesucristo, cuyo nombre y cuya vida transforman nuestros nombres y nuestras vidas, venciendo a la muerte, “el último enemigo”, al *xiuhcōatl*, “la serpiente de fuego.”

Escribió el padre Valdés: “Ha muerto fray Franciso de Tembleque; pero el hilo del agua, por el acueducto, amaneció resbalando con pies de júbilo, y más alharaquenta la garganta de alcantarillas y fontanas...En el timbal del aire, el llanto de los indios suena a gloria.”

(6 de septiembre de 2013).